

MIRANDO AL MAR... LA RENOVADA GEOPOLÍTICA DE TURQUÍA

Josep BAQUÉS QUESADA
Profesor de la Universidad de Barcelona
Global Strategy



ACE 25 años Brzezinski apuntó que Turquía podía dejar de ser un mero pivote geopolítico para pasar a comportarse como un auténtico actor estratégico. Sus 83 millones de habitantes o su 18.º PIB nominal en el *ranking* mundial son números más propios de una potencia media. Pero el estadounidense notaba que Turquía es uno de esos países que por geografía, por historia y por mentalidad tienden a maximizar sus opciones.

Un cuarto de siglo más tarde, sus previsiones se han confirmado, probablemente más allá de sus propias expectativas, como enseguida comprobaremos, lo cual también constituye una lección acerca de las posibilidades que una potencia media tiene de convertirse en un jugador global, así como de

las servidumbres que eso conlleva.

Antes de avanzar por esa senda, conviene recordar que la geopolítica turca se halla lastrada por al menos tres hipotecas de cierto peso que el Gobierno de Ankara debe gestionar haciendo malabarismos. No nos referimos a sucesos acontecidos siglos atrás, sino a factores recientes, con efectos que todavía se dejan notar en la actualidad. Por una parte, el genocidio armenio (siempre negado por Turquía), que sigue condicionando su política en el Cáucaso; por otra, la invasión del norte de Chipre, que determina su posición en el Egeo, y por último, la cuestión kurda, que hace lo propio con la proyección turca en Oriente Medio.

La columna vertebral de la narrativa turca tiene que ver con la necesidad de combinar la solución a esos problemas que, aun con matices en el caso turco-chipriota, podrían definirse como internos, con el anhelo de recuperar glorias pasadas. Aunque, como iremos comprobando a lo largo del análisis en

curso, la traslación a la actualidad de esas glorias es bastante terrenal (suele suceder) y está directamente relacionada con la modernización de la economía turca y con el bienestar de sus más de 80 millones de habitantes. En esencia: búsqueda de nuevos mercados para sus productos y posicionamiento como un actor clave en las rutas de los hidrocarburos.

Para alcanzar esos objetivos, se superponen tres discursos, cada cual referido a un aspecto de esa narrativa: el «neo-otomanismo», popularizado por Turgut Özal, se refiere a un planteamiento esencialmente ideológico, constituyendo por ello el substrato de todo lo demás al proporcionar una narrativa adecuada al caso; la teoría de la «Profundidad Estratégica» (*Stratejik Derinlik*), propuesta por Ahmet Davutoğlu, provee al conjunto de un razonamiento geográfico y geopolítico; por último, la más reciente hipótesis del *Blue Homeland*, avalada por Cem Gürdeniz, dota al conjunto de una perspectiva económica, pero también militar. Como quiera que se trata de aproximaciones diferentes, aunque complementarias, expondremos sus líneas maestras por separado.

El neo-otomanismo

La defensa de una lógica más otomana que turca remite, casi por inercia, a una reinterpretación crítica del kemalismo. No en vano, el movimiento liderado por Kemal Atatürk se erigió sobre las ruinas del Imperio otomano e hizo de la necesidad virtud. De hecho, la nueva República turca (1923-...) nace con la mirada puesta en seguir un modelo que relega al islam a la vida privada de la gente, excluyendo la religión del sistema educativo, prohibiendo el turbante y el velo islámicos e incluso las peregrinaciones a La Meca (Devrim, 2006: 112) (1). Todo ello mientras los hombres de Atatürk se aferraban a lógicas de corte racionalista e ilustrado, más propias de Occidente. Tanto es así que Huntington propuso a Turquía como uno de los ejemplos más acabados de Estado «desgarrado» (Huntington, 1997: 170-171), es decir, de Estado que quiere cambiar de civilización, renegando de la que le corresponde. Pero ese tipo de jugadas... suelen salir mal.

El neo-otomanismo es la respuesta a ese modelo ante su agotamiento. Cabe rastrear sus orígenes hasta la época de Turgut Özal, en los años 80 del siglo xx. La pretensión de este primer ministro y presidente turco fue terminar con el lastre del kemalismo a todos los niveles. En el económico, favoreciendo la liberalización de la riqueza turca. En el sociopolítico, dejando de cuestionar al islam, e incluso restaurando su peso, dentro del país, y como

(1) Cuando menos en la fase más dura del kemalismo, que se prolonga desde los inicios del régimen hasta principios de los años 50.

instrumento de una nueva diplomacia cultural (Guerrero y Jaramillo, 2013: 79-80) que permitiría, eventualmente, mejorar su posición y su percepción en el mundo musulmán. Quizá no se podía elegir; al fin y al cabo, son los años en los que se produce el fenómeno descrito por algunos expertos como la «revancha de Dios» (Kepel, 1994: 2): la laicización encontró sus propios límites en diversas latitudes y Turquía tuvo su propia onda expansiva.

Sin embargo, el neo-otomanismo, tal como era concebido por su principal promotor, era una doctrina muy matizada. El prefijo tiene su importancia para evitar errores pasados. En esta nueva versión lo que se defiende es un «imperio sin imperialismo», así como un islam «flexible, abierto a otras influencias» (Özal, 1991: 290).

A nivel interno, eso implicaba abandonar lo que algunos han definido como el «jacobinismo» de Ankara, caracterizado por el centralismo y por fomentar artificialmente una secularización forzada, exagerada y antitradicional (Yavuz, 2016: 454). De esta manera, paradójicamente, el neo-otomanismo brinda la posibilidad alternativa de establecer unas mejores relaciones con los kurdos y con otros pueblos de Turquía (señaladamente, los zazas o los alevíes de Anatolia, de origen iranio) que no guardan un grato recuerdo de la etapa anterior.

Mientras que a nivel externo el neo-otomanismo abriría la posibilidad de que Turquía dejara sentir su peso allende sus fronteras. No tanto mediante ofensivas militares como a través de una mayor influencia cultural en zonas que Özal ya definía de interés preferente, como los Balcanes, Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central. Aunque el neo-otomanismo también tuvo en su punto de mira el fomento de las exportaciones turcas en esos mercados, sobre todo de textil, electrodomésticos y vehículos a motor, que son los productos estrella de su creciente industria.

El Stratejik Derinlik

Ahmet Davutoğlu, por aquel entonces ministro de Asuntos Exteriores turco, popularizó a partir de 2003 la teoría de la Profundidad Estratégica turca. Su elaboración coincide con la llegada al poder por vez primera del partido de Erdoğan (AKP), con lo cual podría ser considerada como la estrategia por antonomasia del nuevo régimen poskemalista (Bagci y Doganlar, 2009: 100-101).

Se basa en criterios de geopolítica clásica, a caballo entre las tesis de Mackinder y Spykman. Turquía es presentada como encrucijada entre continentes (Europa, Asia y... África) y culturas. Eso tiene sus implicaciones, pero ninguna pasa por eludir responsabilidades. En realidad, Davutoğlu no duda en recalcar que los Estados Unidos o la OTAN no pueden prescindir de Turquía, dada su ubicación en el mapa. Pero, al mismo tiempo, señala que Ankara debe sacar partido de eso (nada, pues, de posturas serviles) y que se abren nuevas

posibilidades para la agenda estrictamente turca. Lo que propone Davutoğlu es que Turquía deje de ser lo que había sido en la Guerra Fría (un «Estado-frontera» entre el mundo occidental — algo favorecido por la lógica subyacente al propio kemalismo— y el mundo soviético) o lo que estaba siendo desde entonces, un tanto inercialmente (un «Estado-puente» entre Occidente y Oriente). Frente a esas miradas, limitadas, propone que Turquía se prepare para ser un «actor global» (Davutoğlu, 2008: 78). Con ello, acepta el reto propuesto por Brzezinski en su libro *El gran tablero mundial* (1997) y enfatiza la conveniencia de hacer sentir el peso turco, «con urgencia», en África, proyectándose desde el Mediterráneo Oriental (algo que conecta a pies juntillas con el viejo Imperio otomano) sin perjuicio de incrementar la proactividad en los demás escenarios ya comentados (Oriente Medio, Cáucaso, Balcanes y Asia Central).

Esos objetivos deberían alcanzarse mediante una estrategia basada en cinco puntos: una diplomacia rítmica, que haría de Turquía un Estado capaz de arbitrar en las disputas de terceros (v. gr. Afganistán); una política exterior multidimensional para mantener buenas relaciones con los Estados Unidos y la OTAN... pero también con Rusia; una política más activa en el mundo árabe —incluyendo a Irak (2), aunque evitando tomar partido en las disputas religiosas al uso, incluso en el conflicto suní-chií—; una política que tienda puentes en el vecindario, especialmente en el Cáucaso (*zero-problem policy*), para fomentar el comercio turco (de lo que son un buen ejemplo las buenas relaciones con Georgia), y el fomento de cierto *soft-power* basado en la defensa de la democracia. Realmente, parece que el espíritu de Davutoğlu ha inspirado muchas de las acciones de Turquía en los últimos 15 años: el establecimiento de bases turcas en el extranjero, destacando la de Catar (3); la intervención en la guerra de Siria; la buena relación con Rusia (4); el apoyo dado a Azerbaiyán o la promoción de las tradiciones turcas en las exrepúblicas soviéticas de Asia Central (5); el sesgo crecientemente propalestino, incluyendo el apoyo dado a Hamás, además del rol cada vez más activo en el conflicto afgano. La expansión por el Mediterráneo y más allá también forma parte del proyecto, pero, dado su enorme peso específico, lo comentaré en el siguiente epígrafe.

(2) No es ajeno al tema garantizar la protección del oleoducto Kirkuk-Ceyhan, de casi 1.000 km de recorrido, continuamente asaltado por insurgentes kurdos.

(3) Lo cual ha levantado ampollas en Arabia Saudí porque, además de su conocida mala relación con Catar, contiene demasiados resabios otomanos, lo que constituye un mal recuerdo y un peor presagio para el gobierno de Riad.

(4) A pesar, precisamente, de algún encontronazo sonado en suelo (y en los cielos) sirio, incluyendo el derribo de un *Su-24* por un *F-16* turco en noviembre de 2015.

(5) Sobre todo a través de ONG e instituciones culturales, incluyendo diversas fundaciones. Así, en palabras del propio Davutoğlu (2008: 84): *Turkish civil society organizations form an integral part of the bigger picture defined as foreign policy. All of these elements have become part of Turkey's new international vision.*

El concepto *Blue Homeland* (*Mavi Vatan*) en el Mediterráneo Central y Oriental...

Es la doctrina más reciente de entre las aquí rescatadas, con una particularidad: sus principales defensores son militares kemalistas (que pueden ser definidos como de la izquierda nacionalista). Su avalador más destacado es el contralmirante (retirado) Cem Gürdeniz (6), si bien esta doctrina ya goza de una amplia predicación en la Armada turca —sobre todo—, así como en el resto de los componentes de las Fuerzas Armadas turcas, más allá de cualquier matiz ideológico.

El rol de esta aproximación es interesante desde otro punto de vista: como algunos analistas han señalado, las Fuerzas Armadas turcas fueron perdiendo influencia en la definición de su política exterior desde los años noventa del siglo XX y hasta la primera década del XXI. Pero... puede que estemos ante un nuevo punto de inflexión, en sentido contrario (Özcan, 2010: 30-31). O, lo que es lo mismo, puede que estemos ante un regreso a la normalidad turca. De hecho, Erdoğan ha hecho suya esta doctrina y la ha incorporado a su ideario, en buena medida como primera línea de defensa del proyecto más ambicioso consistente en convertir a Turquía en un actor global (7).

La esencia de esta doctrina podría ser definida como la tentativa de proteger las aguas territoriales turcas frente a cualquier injerencia. No solo —aunque también— por un motivo político, sino —sobre todo— porque es el modo de participar en la disputa acerca de los recursos naturales del Mediterráneo Oriental, que Turquía considera críticos para su futuro. La derivada de todo ello reside en que esta política colisiona frontalmente con la de varios Estados vecinos. A su vez, parece que Turquía está cómoda con esa tesitura: limitar las opciones de los vecinos —señaladamente Grecia— incrementa las propias.

Turquía reclama una ZEE de 462.000 km², sin contar con que sostiene añejas reivindicaciones sobre las islas de soberanía griega en el Dodecaneso (8). Pero, además de mantener las espadas en alto en ese aspecto, el *Blue Homeland*

(6) En su día condenado por tomar parte en la preparación de un golpe de Estado contra el primer Gobierno del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) en 2003. En cambio, estuvo en contra del golpe de Estado de 2016.

(7) En parte, pues, por su funcionalidad. Pero también para tener satisfechos a esos sectores de las Fuerzas Armadas turcas que, aunque explícitamente alejados de los principales detractores de Erdoğan (como Fetullah Gülen), dan visibilidad al descontento de ciertos sectores sociales turcos con la deconstrucción acelerada del kemalismo. En realidad, tras el golpe de 2016, Erdoğan ha promocionado a militares de este sector, probablemente para cerrar filas con ellos y evitar ulteriores problemas.

(8) Como poco, exige a Grecia que mantenga la «desmilitarización» de esas islas, de acuerdo con los tratados de Lausana (1923) y de París (1947). Hay que tener en cuenta la reciente presencia de tropas griegas en Kastellorizzo, ubicada a casi 400 km de la Grecia continental,

promueve la imposición del interés turco en el Mediterráneo Oriental empleando dos pivotes adicionales: la contribución a la delimitación de esas aguas a partir de las costas de la República turca del norte de Chipre (solo reconocida por la propia Turquía) y los acuerdos a los que se pueda llegar con el Gobierno de Trípoli, convertido *de facto* en un *proxy* turco.

De hecho, ambas cuestiones están en marcha. Uno de los objetivos de Turquía es cortar (literalmente) la posibilidad de que el gas natural extraído de los pozos ubicados en el mar, al sur y al este de Chipre, llegue a Creta y a la Grecia continental. Viendo un mapa, puede comprobarse que eso podría generar dificultades similares a las potenciales extracciones egipcias (zona de Zohr, descubierta en 2015) e israelíes (Tamar y Leviatán, halladas en 2009 y 2010) (9). También levanta suspicacias en Italia (10). Y no digamos en Chipre, país de la UE que está en medio de este debate, casi como convidado de piedra, y que también desea dar salida al gas extraído de los yacimientos ubicados en su propia ZEE (Calipso, Afrodita y Glauco). Como quiera que la multinacional gala TOTAL es una de las principales implicadas en las prospecciones que se llevan a cabo en los yacimientos chipriotas, en París miran con creciente recelo las intenciones turcas, lo que ha llevado al Gobierno de Macron a reforzar su cooperación militar (y sus ventas de armas) con Grecia y Chipre e incluso a apoyar abiertamente a Haftar, a su vez aliado de Rusia, en la disputa por Libia.

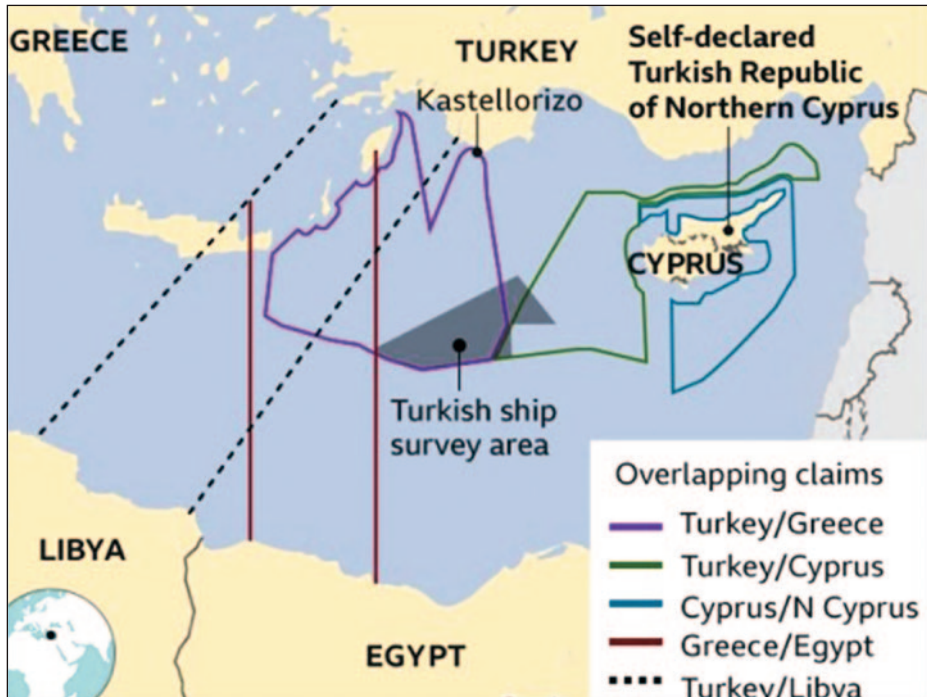
En esta línea, los acuerdos a los que llegaron Erdoğan y el líder libio Fayez al-Serraj a finales de 2019 enlazan las ZEE de ambos países y confirman que Ankara apuesta por una política de máximos. Turquía ha desplegado drones armados en la Base Aérea de Al-Watayah para ser empleados contra las tropas de Haftar (11). Y existe un acuerdo con el Gobierno de Trípoli para convertir el puerto de Misrata en una base naval turca. Más allá de ello, Turquía mantiene unas magníficas relaciones con Argelia, mientras que Arabia Saudí y los

pero a solamente dos de la costa turca. Ahora bien, Turquía también plantea reivindicaciones de soberanía sobre algunas de esas islas e islotes que, de hecho, estuvieron a punto de provocar una guerra con su vecino en 1996.

(9) Lejos quedan los tiempos iniciados con el temprano reconocimiento del Estado de Israel (1949), la «alianza estratégica» entre ambos auspiciada por los Estados Unidos en plena Guerra Fría, e incluso de los acuerdos de cooperación entre las industrias de defensa de Israel y Turquía, suscritos en 1996 y que en su día permitieron la modernización, entre otros equipos, de los *F-4* y los *M-60A3* turcos. El incidente de la Flotilla de la Libertad (mayo de 2010), con la muerte de varios activistas turcos, ha tenido consecuencias duraderas... Las actuales buenas relaciones de Israel con Marruecos y con el bloque árabe correlacionan con la creciente mala relación con la neo-otomana Turquía. No son casualidades...

(10) A principios de 2018 un buque que se dirigía a aguas chipriotas para hacer prospecciones en yacimientos de la zona por cuenta de la multinacional italiana ENI (con autorización del Gobierno de Chipre) fue interceptado por buques de guerra turcos y obligado a invertir el rumbo.

(11) A su vez, esta base fue bombardeada por aviones *Rafale* en junio de 2020.



(Fuente: MARCUS, Jonathan, 2020)

Emiratos Árabes Unidos las mantienen con Marruecos. Las piezas del puzzle encajan. Las disputas entre las dos principales ramas del sunismo pueden eclipsar a las manidas controversias entre suníes y chiíes.

Por lo demás, como viene sucediendo en los últimos años, Washington tiene otras prioridades, y disponemos de señales acerca de su postura al respecto: en septiembre de 2020 la Casa Blanca decidió levantar el embargo de armas que pesaba sobre Chipre desde mediados de los años 70.

... Y más allá: la política turca de aguas azules mira hacia el Índico...

De los casos citados, el de las malas relaciones entre Turquía y Egipto está pasando relativamente desapercibido, pero es uno de los que prometen traer más problemas en los próximos años. Su interés radica en que, a diferencia de los demás, permite visualizar la proyección marítima turca hacia Oriente. En realidad, la diplomacia de El Cairo contribuye a ello. Cuando Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos y Baréin decretaron un embargo contra Catar en

2015, aduciendo que el régimen de Doha estaba demasiado cerca de Irán y que promovía el terrorismo internacional, Egipto se sumó a la iniciativa. Pocos días después, el Parlamento de Ankara autorizaba el despliegue de tropas turcas en Catar (12).

Desde entonces, han sido dos las bases militares instaladas por Turquía en esa protuberancia de la península arábiga. La cooperación militar entre Turquía y Catar es creciente, incluyendo la creación de un mando combinado-conjunto y la venta de buques de guerra (por ejemplo, un LSM de 1.300 Tpc y 80 metros). Pero haríamos mal si consideráramos esa amplitud estratégica como un dato aislado. Lejos de esto, Ankara trata de consolidar sus propias SLOC: el *Blue Homeland* es la piedra angular de una estrategia marítima muy ambiciosa.

Para ello, Erdoğan ha tratado de llegar a un acuerdo con el Gobierno de Sudán, para reconstruir el puerto de Suakin (cerca de Port Sudan) como infraestructura de doble uso (también militar), si bien la intromisión de la diplomacia blanda de los Emiratos Árabes Unidos (cerca de Port Sudan, con su persuasivo apéndice económico incluido) podría dar al traste con esa iniciativa. Más éxito han tenido las negociaciones del Gobierno de Erdoğan con su homólogo somalí para establecer una base militar en Mogadiscio. Se trata de unas instalaciones de más de cuatro km², con facilidades para el sostenimiento de tropas y para el atraque de buques de guerra. En todo caso, la «partida» está abierta y Turquía no cesa en su empeño de penetrar en el mar Rojo y llegar hasta la península arábiga... otra vez.

Lógicamente, el gran problema que en estos momentos se le plantea a Turquía es el paso por el canal de Suez. Pero las estrategias (geo-)políticas y militares plantean diversas opciones, tácticas de tenaza, aproximaciones indirectas y fomentos de la subversión interna. Si Egipto volviera a quedar en manos de los Hermanos Musulmanes (como ya sucedió tras las primaveras árabes), ese tema quedaría resuelto *ipso facto*. A su vez, claro, las conexiones de Erdoğan con ese movimiento transnacional contribuyen a enervar al Gobierno egipcio. No es otro el motivo de su apoyo a Haftar en Libia.

Otras derivadas de los impulsores del *Blue Homeland*

Para terminar, en este análisis no podemos obviar el sesgo explícitamente prorruso de Gürdeniz y sus seguidores, incluso, a fuer de lo anterior, el sesgo descaradamente antioccidental de estos oficiales turcos (Galip, 2021). Aunque solamente fuese por eso, creo que sería mejor aludir a un neo-kemalismo, en vez de meramente al kemalismo de siempre, hasta el punto de que son escépticos

(12) Si bien el acuerdo por el cual Turquía se comprometía a establecer una base militar en Catar data de noviembre de 2014.

respecto a la permanencia en la OTAN de su país, mientras apuestan por profundizar, al unísono, en las relaciones con China (Gingeras, 2020).

Pero algunos ítems de alto poder simbólico son compartidos por el neotomanismo de Erdoğan & Davutoğlu y por los neo-kemalistas de Gürdeniz, actuando como chivo expiatorio capaz de unirlos en lo esencial. Por ejemplo, el reconocimiento del genocidio armenio por parte de George W. Bush en 2007 animó a la diáspora armenia, pero a cambio causó una pésima impresión en Turquía y tuvo el efecto colateral de aunar fuerzas de propios y extraños en el interior del país contra el desaire de Washington.

Sea como fuere, todo parece indicar que en Turquía ya preparan un escenario alternativo al vivido en la Guerra Fría, pero también al ocurrido a lo largo de esos años de transición hacia la etapa actual, en la que se miraba a Turquía como un puente entre realidades sobre las que Ankara no tenía mayor influencia. El discurso turco, aceptado también por los kemalistas de nuestros días, es que hay que pasar página del Tratado de Lausana de 1923 y de los acuerdos a los que llegó para ingresar en la OTAN en 1952. Turquía se prepara, desde hace algunos años, para ser un actor estratégico con criterio propio.

La etapa actual lo es claramente de competencia estratégica entre grandes poderes en un marco multipolar. Las organizaciones internacionales cotizan a la baja. El papel de Turquía en el seno de la OTAN nunca ha sido especialmente cómodo, ni para la OTAN ni para Turquía, aunque unos y otros han sabido conllevarse, y nuestra misión en suelo turco es testimonio de ello. En esta tesitura, aunque solamente se trate de un indicio más, es pertinente recordar lo acontecido con algunos de los macroproyectos de los que debía depender la autonomía occidental respecto al gas ruso: freno al proyecto Nabucco y sustitución del South Stream por el Turkish Stream... (13).

La modernización de la Marina de Guerra turca

En los últimos lustros Turquía ha sabido beneficiarse de los grandes oleoductos y gasoductos que transportan los hidrocarburos de la cuenca del mar Caspio hacia Europa. También conoce exportaciones de productos manufacturados, la mayor parte de ellas, asimismo, con destino a Europa, casi siempre por mar. Pero sus flotas mercante y pesquera son modestas, mientras que solamente hallamos tres de sus puertos entre los 100 más importantes del mundo por volumen de TEU. Pero dos de ellos entran en ese *ranking* por los pelos, y solo el de

(13) El gasoducto Nabucco prescindía de Rusia, aprovechando la experiencia del oleoducto BTC (Azerbaiyán-Georgia-Turquía, en definitiva). El South Stream prescindía de Turquía, de modo que el gas ruso llegaba a Bulgaria por el mar Negro. Pero el Turkish Stream implica una cooperación ruso-turca equivalente a lo que sucede con el Nord Stream en el caso de Alemania: Rusia y Turquía lideran el proyecto de consuno.

Ambarli (en Estambul) —ubicado en el puesto 66.º, con casi cuatro millones de TEU— parece asentado en esa estadística (14). Dicho lo cual, Turquía está invirtiendo mucho en el puerto de Mersin, situado a poco más de 120 millas náuticas del litoral de la República Turca del Norte de Chipre. Si esas previsiones se hacen realidad, Mersin sí podría asomarse a ese Top-50 mundial.

Sin embargo, dada la relevancia del concepto *Blue Homeland*, asociado a la promoción de las líneas maestras de la *Statejik Derinlik*, en Turquía han decidido modernizar a conciencia su Marina de Guerra como parte de la seguridad marítima propia, pero también como estilete de su creciente proactividad internacional. Lo han hecho hasta el punto de que hacia 2030 su Armada será una de las más importantes del mundo, a fuerza de ser la más poderosa del Mediterráneo Oriental, con mucha distancia respecto a Grecia, Egipto e Israel y sin perjuicio de las fuerzas navales que Rusia pueda ser capaz de desplegar en la zona... Algo que en buena medida dependerá, llegado el caso, de la voluntad turca, que mantiene el control sobre los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, o de lo que Francia pueda aportar en beneficio de sus nuevos y circunstanciales aliados en la zona.

La proyección del poder naval es un tema importante para Turquía. A la construcción de un LHD diseñado por Navantia, de 27.000 tpc y 230 metros de eslora, similar a nuestro *Juan Carlos I* (más un probable segundo buque), hay que sumar la reciente incorporación (2018) de dos grandes LST de la clase *Bayraktar*, de 7.500 Tpc y 139 metros, aunque Turquía posee una envidiable capacidad para el traslado de tropas por mar a cortas distancias y en aguas cerradas (caso del Egeo), para lo cual dispone de muchos buques, aunque más antiguos: un LST *Osman Gazi* (1994; 3.800 Tpc y 104 metros); dos LST *Sarucabey* (1985-6; 2.700 TPc y 92 metros), además de unos 20 LCT, de unas 1.000 Tpc y 59 metros, muchos de los cuales están habilitados como minadores.

En principio, no está previsto que los LHD operen con aviones convencionales. Los *F-35* que los Estados Unidos se negaron a entregar a Turquía como respuesta a la compra de los SAM rusos *S-400* por el Gobierno de Ankara eran de la versión «A». Y, aunque en los planes de la Marina turca sí se contemplaba que una remesa de *F-35* fuera de la versión «B», la función principal de las alas embarcadas en los LHD debe ser otra, consecuente con su rol anfíbio: el apoyo a las operaciones de asalto.

A tal fin, lo que está previsto es que los LHD operen conUCAV, como los *Bayraktar* (15), que tan buen desempeño han tenido en el reciente conflicto de

(14) <https://loydslist.maritimeintelligence.informa.com/-/media/loyds-list/images/top-100-ports-2021/top-100-ports-2021-digital-edition.pdf>.

(15) Con una velocidad máxima superior a los 200 km/h y la posibilidad de llevar hasta cuatro misiles antitanque UMTAS de ocho km de alcance, estosUCAV MALE pueden realizar

Nagorno-Karabaj en misiones de apoyo táctico, siendo responsables de la destrucción de numerosos objetivos armenios, incluyendo piezas de artillería, lanzacohetes y vehículos blindados. Se especula que cada LHD podría operar con unos 30 aviones, además de llevar una docena de helicópteros de transporte. Una solución, por cierto, también interesante para nuestra Armada (16).

La baza más *sui generis* que aparece en su LOBA es la exagerada presencia de patrulleros lanzamisiles. En realidad, una reminiscencia de una vieja doctrina que todavía consideran plausible: la eficacia de las fuerzas sutiles de superficie en mares interiores. Nada menos que 19 buques, de varios diseños de Lürsen, de entre 57 y 62 m de eslora (es decir, entre 400 y 550 Tpc). Recuerdan a nuestros *Lazaga*. Pero los turcos están poderosamente armados, pues además de su artillería de doble uso incorporan sistemáticamente SSM Harpoon.

En todo caso, es más espectacular, por su coste y su dificultad de detección, la presencia en sus listas de 12 submarinos, correspondientes a variantes del modelo 209 (cuatro de ellos dotados con Harpoon). Aunque la previsión para el futuro próximo es contar con ocho de ellos, reemplazando a los cuatro más añejos por seis de nueva factura, del tipo 214 (con el primero ya botado, dotados con AIP y Harpoon), de manera que la cifra de buques en servicio ascienda a 14.

Tampoco es menor la importancia de la guerra de minas en tales aguas, no solo pensando en el Egeo, sino también en los principales estrechos, en las escaramuzas que pudieran darse en el Dodecaneso o en la necesidad de garantizar la apertura de los puertos más importantes del país. De modo que la cifra de 11 cazaminas (seis *Frankenthal* —estando dotados, al menos los de procedencia alemana, de capacidad para lanzar sus propias minas— y cinco *Circe*) se antoja plenamente justificada.

Sin embargo, lo más relevante es el énfasis puesto en la potenciación de la flota de combate de superficie a través del programa MILGEM. Se trata de un ambicioso proyecto, cuyo objetivo es dotar a la Marina de Guerra turca de buques de última generación con un componente industrial y tecnológico mayoritariamente nacional. Los primeros en salir de astilleros, y ya en servicio, son las cuatro corbetas de la clase *Ada* (2.800 Tpc, 99 x 14 m, 30 nudos). Son buques contemporáneos y similares en porte a nuestros BAM, si bien los turcos están armados. Además, de un 76/62 y de hangar para un *S-70*, incorpo-

muchas de las operaciones que en otros casos se encomendarían a helicópteros de combate, pero con más ventajas en lo que concierne a los costes de operación, tanto económicos como desde el punto de vista humano.

(16) Sin perjuicio de que termine adquiriéndose el *F-35A/B* para el Ejército del Aire y la Armada, que podría permitir que la UNAEMB se constituyera a partir de una «tríada» de aparatos (cazas convencionales, UCAV y helos), ya que los 3.000 m² de hangar de un LHD permiten varias combinaciones de esos dos modelos de aviones y algunos helicópteros de asalto, a costa de parte de los vehículos transportados y en función de cada perfil de misión.

ran SSM Harpoon, ASW Mk 32 x Mk 46 y SAM RAM, así como los sistemas electrónicos asociados a esa panoplia (17).

Escalando en el concepto, aparecen las cuatro fragatas *Istanbul* (3.300 Tpc, 113 x 14 m y 28 nudos) (18). Armadas con un 76/62, más un CIWS de 35 y un S-70, también incorporarán (19) los nuevos SSM Atmaca de producción local (equivalentes en prestaciones a los Harpoon), ASW Mk 32 x Mk 46 y SAM HISAR de fabricación nacional (con hasta 100 km de alcance, en la versión transportada por estas fragatas), lanzables desde un VLS Mk 41 de 16 celdas, que también podrá operar con los ESSM.

Finalmente, el proyecto estrella es el de los nuevos destructores *TF-2000* (20). Serán buques impresionantes, tanto en lo que respecta a sus dimensiones (8.500 Tpc, 166 x 21,5 m, 28 nudos) como a sus sistemas de armas: 64 celdas para SAM SIPER —de fabricación nacional— (150 km de alcance) y ESSM, aunque también portarán los nuevos misiles de crucero de factura turca *Gezgin* (1.200 km de alcance), a los que hay que añadir 16 SSM Atmaca lanzables desde las típicas canastas, ASW Mk 32 x Mk 46, un cañón de 127/54, varios sistemas CIWS Gokdeniz (bitubos de 35), también autóctonos, así como hangar capaz de operar con helicópteros S-70 y UCAV. Todo ello servido por una gran panoplia de sistemas de detección, encabezados por un radar de descubierta aérea dotado de tecnología AESA.

Lo que se deduce es que las capacidades SAM de la Marina de Guerra turca se verán extraordinariamente potenciadas, pudiendo proteger a unidades de las ya mencionadas (buques y barcasas de desembarco, patrulleros lanzamisiles y MCMV), llamadas a operar cerca de las costas de otros Estados o en zonas en disputa. En realidad, el peso principal de la defensa de las unidades de desembarco que eventualmente sean desplegadas en el Mediterráneo Oriental correspondería a la muy numerosa flota de *F-16* (Block 30/50), que suma más de 250 aviones en servicio, y que está siendo sometida a constantes modernizaciones, que incluyen radares APG-68 y misiles AIM-120 C-7.

(17) Vamos... que tienen el «espíritu de las *Descubierta*», pero con el casco de los BAM. No parece tan mala idea... aunque es mejor que no se venda como nueva. A mí me recuerda al viejo proyecto *Sagitario* de la EN Bazán que la Armada ya contemplaba hace 35 años... (buenos) recuerdos de niñez.

(18) Sustituirán a las cuatro *Meko 200* más antiguas (clase *Yavuz*). En cambio, las cuatro *Meko 200* más modernas (clase *Barbados*) están siendo sometidas a un proceso de modernización. Asimismo, la Marina de Guerra turca está encantada por el rendimiento de sus seis corbetas *A69* (1.250 Tpc, 80 m, 23 nudos) armadas con 1 x 100, 2 x 20, cuatro SSM Exocet, ASW Bofors y ASW L5, que seguirán en servicio unos años más, pese a que ya tienen 45 a sus espaldas.

(19) El primer buque de la serie fue botado en enero de 2021.

(20) Llamados a sustituir, buque por buque, a las ocho *Oliver Hazard Perry* actualmente en servicio, aunque se habrían aprobado, por el momento, las cuatro primeras unidades. Otras fuentes aluden a siete buques de esta serie, en la medida en que el conjunto del programa MILGEM incluiría 15 buques. Se espera que el primero de la serie entre en servicio en 2027.

Además, lo que sí ha recibido Turquía de los Estados Unidos y que sin duda contribuye a su superioridad en la zona es una escuadrilla de cuatro *B-737 AEW & C*. Dicho lo cual, la potenciación de la capacidad AAW y ASUW desde plataformas navales que acabamos de constatar puede contribuir decisivamente a ello, sobre todo a medida que se «abran» las distancias respecto a las bases aéreas propias y que Turquía se vea en la tesitura de proteger las SLOC de las que depende su conectividad al este de Suez.

También es merecedora de atención la capacidad de los nuevos destructores *TF-2000* para transportar los nuevos misiles de crucero que, en la práctica, son la versión turca del Tomahawk, pero sin las servidumbres logísticas y políticas que se podrían deducir de la disposición del modelo estadounidense.

Conclusiones

La actual estrategia de la Turquía de Erdoğan constituye una intersección entre las tres aproximaciones vertebradoras de este análisis: el neo-otomanismo; la *Stratejik Derinlik* y el *Blue Homeland*. No puede reducirse a ninguna de ellas tomada por separado y no acepta a pies juntillas todos los detalles de cada una tal como aparecen en su formulación original. Pero tampoco puede zafarse de sus influencias, porque casan bien con las aspiraciones de la nueva Turquía, pero también porque, a pesar de las apariencias, el liderazgo de Erdoğan es bastante delicado y debe hacer juegos de prestidigitación, contentando a las diversas facciones internas para evitar más fracturas entre las élites del país.

Este no es un escenario muy halagüeño para sus vecinos. Turquía no estaría bien posicionada en el *ranking* que pudiera elaborar cualquier devoto del realismo neoclásico, precisamente por la fractura social existente, que redundaría en una falta de cohesión de esas mismas élites, divididas como están entre sectores neo-otomanos, que tratan de estirar ese mismo proyecto hacia un islamismo más transversal, y sectores remanentes del viejo kemalismo, debidamente readaptado a lógicas euroescépticas y prorrusas, estos últimos especialmente presentes en las Fuerzas Armadas. Ahora bien, si esa política exterior, más proactiva que la de épocas precedentes, es la que Erdoğan trata de emplear para generar consensos internos que de otro modo serían imposibles, entonces no sería tan sorprendente que el riesgo de *underbalancing* tan citado en la teoría realista neoclásica (v. gr., Schweller, 2006) sea trasladado al otro extremo del panel de opciones, convirtiéndose en riesgo de *overbalancing*. Tal es el enfoque de algunos expertos (v. gr., Snyder, 1991) ante casos similares.

En esta tesitura, ¿prevalecerá la tesis del choque de civilizaciones de Huntington para provocar la ruptura entre Ankara y Occidente? A mayores... ¿se convertirá Turquía en un pivote más de la gran alianza promovida por Duguin contra Occidente? ¿O el neo-otomanismo constituirá un dique contra

ambas tentaciones, ora sea por su falta de dogmatismo religioso otrora por evitar el seguidismo de otras potencias, aunque no sean occidentales? Rectamente entendido, el objetivo combinado del neo-otomanismo y de la estrategia de Davutoğlu conduciría a esta última opción, más autárquica.

La solución a la ecuación no es fácil, y la razón de la dificultad es que Turquía corre el riesgo de quedarse sola, literalmente, así como de entrar en dinámicas que la superen política, económica y militarmente. Y encima, hacerlo en el peor momento, con muchos enemigos acumulados, incluyendo casi todos sus vecinos, por lo que es más verosímil un realineamiento, cada vez más lejos de los Estados Unidos y cada vez más cerca de Rusia (y de China). Indirectamente, eso podría contribuir a limar asperezas con Grecia (ortodoxa, con buenas relaciones con Rusia y China, en lo económico y algo más) sin que Ankara deba sonrojarse, mientras que a Rusia le garantizaría el tránsito del mar Negro al Mediterráneo en caso de que vayan mal dadas (es decir, aunque el derecho internacional deje de hablar).

Mientras eso ocurre, Turquía hace lo que debe y moderniza sus Fuerzas Armadas, con especial énfasis en su Marina de Guerra. Los aliados de ayer pueden ser los rivales de mañana y viceversa. La relación con Rusia no está exenta de problemas estructurales. A largo plazo, Rusia «choca» con Turquía en Asia Central (cuatro de las cinco exrepúblicas soviéticas son turcomanas, pero Moscú sigue interesado en monitorizar sus políticas exteriores, lo cual es especialmente evidente en Kazajstán, miembro de la OTSC), pero también en el Cáucaso norte (Chechenia es turcomana) y en el Cáucaso sur (Azerbaiyán es un firme aliado de Turquía), en Siria, en Libia (recordemos la implicación del grupo Wagner contra el Gobierno de Trípoli sostenido por Turquía) o en los Balcanes (posturas muy diferentes en asuntos como el de Kosovo).

De modo que si algo tienen claro en Ankara es que, en última instancia, deben asumir su responsabilidad en la defensa de sus intereses, en beneficio de su ciudadanía y al margen de cuál sea el resultado de esas ecuaciones.



BIBLIOGRAFÍA

- BAĞCI, Huseyin, y DOĞANLAR, Ashlahan (2009): «Changing geopolitics and Turkish foreign policy», *Annales*, XVI (2): 97-115.
- BRZEZINSKI, Zbigniew (1997): *El gran tablero mundial*. Barcelona: Paidós.
- DAVUTOĞLU, Ahmet (2008): *Turkey's Foreign Policy Vision: An Assessment of 2007. Insight Turkey*, 10 (1): 77-96.
- DEVIRIM, Deniz (2006): «El islam en la República kemalista de Turquía». *Panorama Social*, 4: 111-120.
- GALIP, Dalay (2021): «Turkey's Geopolitical and Ideological Eurasianism and its Relations with Russia», en *The German Marshall Found of the United States*: <https://www.gmfus.org/news/turkeys-geopolitical-and-ideological-eurasianism-and-its-relations-russia>
- GINGERAS, Ryan (2020): «Blue Homeland: the Heatd Politics behind Turkey's New Maritime Strategy», en *War of the Rocks*: <https://warontherocks.com/2020/06/blue-homeland-the-heated-politics-behind-turkeys-new-maritime-strategy/>.
- GUERRERO, Marcela, y JARAMILLO, Mauricio (2013): «El poder blando y la diplomacia cultural de Turquía». *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 8 (1): 61-84.
- HUNTINGTON, Samuel (1997): *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Paidós.
- KEPEL, Gilles (1994): *Revenge of God: The Resurgence of Islam, Christianity, and Judaism in the Modern World*. Pennsylvania: Penn State University Press.
- MARCUS, Jonathan (2020): «The Eastern mediterranean tinderbox: Why Greek-Turkish rivalries have expanded»: <https://www.bbc.com/news/world-europe-53906360>.
- ÖZAL, Turgut (1991): *Turkey in Europe and Europe in Turkey*. Nicosia: K. Rustem and Brothers.
- ÖZCAN, Gencer (2010): «The Changing Role of Turkey's Military in Foreign Policy Making». *UNISCI Discussion Papers*, 23: 23-45.
- SCHWELLER, Randall (2006): *Unanswered Threats. Political Constraints of the Balance of Power*. Princeton University Press.
- SNYDER, Jack (1991): *Myths of Empire. Domestic Politics and International Ambition*. New York: Cornell University Press.
- YAVUZ, Hakan (2016): «Social and Intellectual Origins of Neo-Ottomanism: Searching for a Post-National Vision». *Die Welt des Islams* 56: 438-465.

SH-60 a bordo de la *Numancia* con misiles Hellfire
cargados para su lanzamiento durante el Ejercicio
LANMIS ARMEX BOMBEX 2021.
(Foto: José A. Gasca Sánchez)

